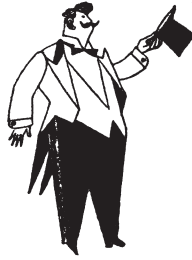


Biografía del circo

Jaime de Armiñán



ÍNDICE

1958	7
Sinfonía	9
Caballos	23
La cuerda	53
Los payasos	77
El tapiz	131
Las fieras	177
Los animales sabios	237
Elefantes	271
En la cúpula del circo	289
Destreza y equilibrio	343
La fantasía	377
Los fenómenos	411
El viaje	425
Final	477
Bibliografía sumaria	483

1958

1958. VUELVE DE GAULLE a Francia. Muere Ataulfo Argenta. El Sha de Persia se divorcia una vez más. Albert Camus recibe el premio Nobel de Literatura en Estocolmo. La poesía está de luto: ha muerto Juan Ramón Jiménez... Se publica un libro de un escritor novel que responde a las iniciales de J. A.

A mí no me gustan los prólogos... creo que es un abuso del autor del supuesto libro pedir un prólogo a un semejante, yo lo he hecho varias veces: a colegas, admirados amigos, siempre amigos... queridos míos; no os escapáis ni con alas. Hoy quiero recordaros: Adolfo Marsillach, José María Forqué, Luis G. Berlanga, José Luis Borau (3 veces 3), Fernando Fernán Gómez, José Luis Garci, Alfredo Marqueríe, Luis de Armiñán...

Y a Vos... Maestro, a Vuestra Merced no le pido un prólogo pero hoy le pido simplemente un soneto. Gracias.

*Un soneto me manda hacer Violante
que en mi vida me he visto en tal aprieto
catorce versos dicen que es soneto;
burla burlando van los tres delante...*

¿Y qué sería del cine y del teatro sin el circo?

Se han encendido las luces del prólogo. Ya hablaremos de la música, de los caballos, de las fieras, de los magos, de los trapeceistas... De momento, estamos en el viejo Circo de Price, plaza del Rey, Madrid. España. Una voz juvenil pregona.

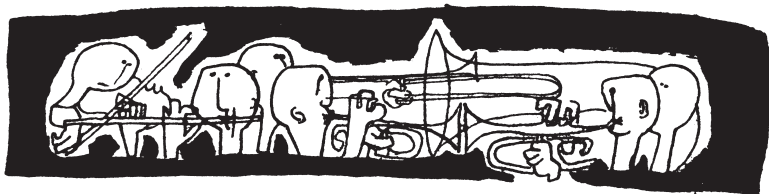
VOZ JUVENIL.— ¡Hay patatas fritas y caramelos! ¡Patatas fritas y caramelos!

La voz juvenil es la de Ignacio Fernández Sánchez: Tony Leblanc.

SUENA EL redoble de un tambor: espectacular , dramático... y de fondo, allá lejos... nos llega el rugido de un león.

Pasen y lean señores, el espectáculo acaba de comenzar...

NO HAY TELÓN, NO SE APAGAN LAS LUCES.



SINFONÍA

LA BATUTA DEL MAESTRO tras un garabato en el aire.

Y suena la música.

La música del circo.

Las cuerdas ocre de los violines vibran bajo el arco. Las flautas negras y de plata persiguen a las notas. El trombón de varas, payaso en la orquesta, hace gárgaras con la melodía presa en su broma. El fagot ríe. El saxofón canta con voz de tenorio. Los platillos se golpean tozudos, con ruido de cacerola. El bombo corre, tras los demás, y no alcanza a ninguno. Y la trompeta subraya y manda, sin que nadie le haga caso.

La música del circo es un vendaval encerrado en la carpa de lona. Es maciza y crece, desde aquel golpecito, que sobre el atril dio el maestro, hasta el estruendo final que llena de gozo a los espectadores y al circo de aplausos.

La música del circo trepa de la pista a la última fila de la galería. Rebaña los tímpanos. Salpica las butacas, los bancos y el peluche rojo de las barandillas doradas. Olfatea las cuerdas. Hace rugir al tigre y ladrar al perro. Ocupa la sala. Levanta nubes de ruido en

la arena de la pista. Y enciende, casi en gesto mágico, las bombillas rojas, verdes, azules y moradas.

En la «Sinfonía» inicial está encerrado el circo entero. Sus años de historia. El polvo de los caminos. El sudor. El peligro. La fuerza, el equilibrio y la risa. Allí danzan las notas del vals que bailará el oso gris. La polca que hará saltar a la amazona sobre el lomo rollizo del poni. El pasodoble que soplarán los payasos. El grito de atención en el parche del tambor, que advertirá el peligro en el momento trágico. La música ardiente, marco increíble de los equilibristas. El tango que bailará el caballo «mejor domado del mundo»... Porque la «Sinfonía» del circo es el resumen de lo que vendrá después y en aquellas notas ingenuas y corretonas se guarda la poesía andante de nuestro tiempo.

La música del circo es espiritual.

La música del circo es material.

Allí se encierra el alma de los artistas y de su público que, al escucharla, tiemblan de impaciencia.

Y es la más sencilla de las músicas, porque sus notas están al alcance del elefante de la India y del oso tibetano, y el elefante y el oso son, al mismo tiempo, los seres más listos y más tontos de la creación.

Para escuchar la música del circo es imprescindible mascar un habano de humo azul. Las señoras, si quieren escuchar la música del circo como Dios manda, habrán de mascar un habano de humo azul. Mientras la música del circo suena podemos reír, hablar e incluso dar voces, porque ella gritará muchísimo más que nosotros. En la música del circo cabe todo: los gritos y las toses, los ruidos y el silencio, porque es un inmenso castillo de fuegos artificiales. Un tremendo despropósito armónico. Un disparate.

Cada uno de los profesores de la orquesta parece estar loco, y el más loco de todos es el director. Yo creo que asciende al puesto

en divertidísimo concurso de excentricidades. Sin embargo, el director de la banda ostenta su jefatura con magnífica gravedad: es un jefe, como jefes fueron Sitting Bull y Viriato.

El maestro, ojo fiero y casaca roja, golpea el atril con la ruidosa batuta y sin mirar a nadie, porque a nadie necesita mirar, a excepción de aquella señorita rubia de la tercera fila, ataca la briosa «Sinfonía». Los profesores, sin hacer caso del maestro, ni de la señorita rubia, inician, al tercer golpe, la «Sinfonía». Y el público mira la música y la ve y la escucha y la palpa y la aplaude.

Al final, cuando el maestro recoge la batuta y la pliega en el aire, tras el «¡chas! ¡chas!» de los platillos, suena en el circo la nota prolongada y larga de la trompeta, larga como un atajo de noche; toque de atención que enmarca al regidor de pista o al director de la compañía, que presentará al espectáculo mejor del mundo:

—¡Respetable y distinguido público...!

Pero eso vendrá después. Vendrá después.

Aún no ha terminado la «Sinfonía».

Serge, poeta y dibujante del circo, dijo al referirse a su música:

—Es la mejor del mundo.

Y Serge tiene razón.

Lo sabemos todos.

Al principio del tiempo, el año uno antes de nada, Chis-Ka-He, el dios del circo, hizo sonar en la pista su rítmica melodía, tocada con palitos sonoros. Después, tras muchas lluvias, porque no vamos a referirnos al circo griego, ni al romano, sino al casi actual, hicieron su entrada en la carpa el tambor y el bombo.

Primero el bombo: los gimnastas y los equilibristas, de pueblo en pueblo, advertían a las gentes con su aburrido «tam-tam». El bombo era, entonces, llamada y acompañamiento. En el trabajo servía para marcar las pausas y señalar los tiempos.

Después el tambor: el tambor en el circo, como lo fue en la guerra, se hizo heraldo del peligro. En la plaza de toros, circo ibérico de un solo número, el parche del timbal, nerviosamente golpeado, señala el cambio de tercio y el comienzo de la suerte suprema. Bajo la lona del circo, el redoble advierte a los espectadores el peligro que corre el artista, y le dice atropelladamente:

—¡Silencio! ¡Solo yo puedo hablar, porque él me conoce!
¡Cualquier ruido será fatal para la vida del artista!

Y el público enmudece hasta que el tambor grita de júbilo:

—¡Ahora! ¡Ahora! ¡Aplaudid ahora, hop!

Con cualquier pretexto, las gentes del circo dicen ¡hop!

Tras el tambor y el bombo vinieron muchos instrumentos más; pero yo creo que el característico, el que casi comió el terreno del viejo tambor y del anciano bombo, es el saxofón. El saxofón ha invadido las orquestas de circo y ha saltado a la pista de la mano de los payasos. El saxofón imita, con la mayor fidelidad, a la voz humana. Además ríe y habla y canta fandangos. El saxofón solo, sin que nadie lo sope, es un maravilloso artista de circo.

Junto a él, la trompeta. Achacosa y estridente. Dirige la orquesta, es vanidosa sin malicia y un poquito estirada. Ella manda y ella, en su nota sostenida y vibrante, pide el aplauso para los demás, porque entre los defectos de la trompeta no se halla el egoísmo. La trompeta debería llevar levita roja y lucir, bajo una de sus clavijas, bigote rubio.

La música en el circo es imprescindible.

El circo, un espectáculo ingenuo y sencillo, debe ser siempre acompañado por la música, del mismo modo que la tragedia, o la sátira, o la *Commedia dell'Arte* se servían de los sonidos musicales, para descanso del espectador y mejor comprensión de la trama.

Por esta razón, el circo es amigo de la música.

Y se plantea un conflicto terrible: ¿Quién sirve a quién? ¿La música al circo? ¿O el circo a la música?

Desde los tiempos de Chis-Ka-He, la música al circo. Pero ahora, en los nuestros, las cosas han cambiado.

Al principio se montaban los números, y extraña a ellos, sonaba la música. Un equilibrista, por ejemplo, se entrenaba horas y horas en silencio. En ese silencio terrible del circo vacío. Y solo cuando el ejercicio estaba logrado, hacía sonar la música:

—Maestro —decía el equilibrista—, toque usted un vals.

Y el maestro obedecía.

Más tarde se añadieron algunos trucos musicales que subrayaban el esfuerzo, y para ello fue necesario el acoplamiento del artista con la música. Una especie de apunte de romanza. Un dueto intrascendente.

Hasta que, algunos años después, casi en nuestros días, los artistas descubrieron la importancia excepcional de la música y montaron sus números en la base audible del sonido.

Alfredo Marquerié, cronista de circo, y recojo su opinión, como recogeré otras muchas que valen más que la mía, dice, refiriéndose a Carmen, Sandro y Arturo Frediani: «Trabajan siempre al son de la música sincopada, de las nuevas y tropicales melodías. La orquesta no es un fondo para sus pirámides humanas, para sus equilibrios y dominaciones, para sus torniquetes y toneletes en el aire; es algo consustancial para sus pasos, cambios y mudanzas, para sus rondas de saltos, y sus flic-flacs, y sus estiradas, y sus planchas».

Desde ese momento la música fue colaboradora, en plano de igualdad, del artista.

Sin embargo, hay dos excepciones a la regla: una, en los tiempos lejanos, y la otra, en los actuales.

Los payasos y los bichos.

Los payasos son los más grandes y estuendos inventores del mundo, y no excluyo a esos sabios de barbucha blanca que aprietan un botón verde y rompen todo el campo y todas las casas de todas partes. Ellos estuvieron siempre, desde que el circo es circo, sostenidos por la risa y la música.

Casi todos los payasos, que bajo las lonas trabajan, crean música y saben manejar cinco o seis instrumentos diferentes. Pero no solo juegan con la trompeta, el violín, la guitarra o la dentadura metálica del xilofón, sino que arrancan sonidos increíbles de instrumentos hechos con escobas pelonas o con vejigas o con somieres desfondados o con cacerolas viejas. En este arte son maestros los payasos latinos, y en particular los españoles, gentes de febril imaginación. En la temporada de 1957 actuaron en la pista del Circo de Price, de Madrid, los hermanos Álava, graciosos, como muchos, en la palabra, e inimitables en la música. Los hermanos Álava habían inventado casi una docena de preciosos instrumentos musicales.

La ausencia de buenos *clowns* en las pistas españolas se debe a que muy pocos tontos hablan español. El éxito de los payasos españoles de los últimos tiempos, en las pistas extranjeras, sobre todo en Inglaterra, el país del circo, se debe a que muy pocos payasos tocan la música como los españoles. Porque la música es el idioma de los augustos. La música es el esperanto de los payasos.

Y ellos, desde el augusto que abrió pista, al más humilde de los tontos de feria, conocen el secreto.

Si los payasos, con respecto a la música, están a proa, los animales se encuentran a popa.

Menos las focas.

El animal comprende y escucha la música de los hombres, pero no quiere seguirla. En general, la desprecia por grosera.

La selva, la tierra virgen en su más amplio sentido, está poblada de ruidos y de canciones, tan agudas o tan graves que, nues-